

de la victoria, mas no del propio heroísmo y de la justicia de una santa causa. ¿Qué debió hacer? No, no tuvo el fin de Bruto después de la batalla de Filipos, cuando al ver que la libertad espiraba y la patria caía, su corazón se despedazaba y sonreían las estrellas en el cielo azul de Grecia, dudó en el trance último y supremo hasta de la virtud. Gambetta es un hombre de su tiempo y sabe que la libertad se eclipsa, pero no se extingue; que la patria cae, pero no muere. Yo creo á Gambetta, á pesar de sus infortunios, culpa de su tiempo y no de su inteligencia y de su carácter; yo le creo entre los primeros de los republicanos de Europa; yo le cuento entre los que más han contribuido á la difusión de nuestra idea. En su colosal cabeza, en su frente espaciosísima, en el brillo concentrado de la retina que tiene sana, en su escultórica nariz, en su boca abierta por una sonrisa de benevolencia, en su rostro coloreado por alto temperamento sanguíneo, en sus formas hercúleas á pesar de la baja estatura, en toda su complexión, adivínase desde luego la mezcla felicísima de la inteligencia con la fuerza, de altas ideas con enérgicas resoluciones.

La naturaleza suele dividir el trabajo y agrupar diversa y variamente las vocaciones humanas. Y cuando crea un hombre de acción, suele quitarle aptitudes para hombre de idea. Y cuando crea un hombre de ideas, suele quitarle aptitudes para hombre de acción. El hombre de ideas ama la indagación espiritual, y el de acción los trabajos materiales; ama el retiro aquel y éste el mundo; aquel los grandes libros y éste las grandes pasiones; aquel la contemplación serena del pensamiento, éste el curso revuelto y enrevesado de los hechos. Sin duda Platon nunca hubiera podido ser Pisistrato, ni Montesquieu Colbert. Reunir el pensamiento á la acción, como César, es un prodigio; reunir á la energía de la palabra la energía de la voluntad, como

Danton, es un milagro. Siempre las grandes cualidades resaltan de los grandes defectos. Equilibrar en una misma persona la idea con el hecho, la actividad de la inteligencia con la actividad de la vida, es el don que Naturaleza ha presentado á Gambetta, cuyo talento sabe volar con abiertas alas por el cielo y andar con paso firme y seguro por la tierra. Sin embargo, ha suscitado siempre mucha oposición Gambetta. Naturalmente, la oposición que Gambetta suscitaba provenía del empeño mostrado desde los primeros días de su vida pública, por unir y disciplinar todos los elementos republicanos, los enérgicos y los templados, los jóvenes y los viejos, los de antigua y los de moderna extracción, los reunidos oficialmente en la Cámara y los confinados en el destierro, los de unas y otras sectas sociales, para arremeter y derribar al Imperio antes que el Imperio derribara con su interna corrupción y sus aventuras extranjeras el poderío político y el influjo moral de Francia.

En esta obra titánica, Gambetta había pensado evocar del destierro y conducir á París el hombre que ménos desconfianzas inspiraba y que más autoridad tenía en el partido republicano, Ledru-Rollin. Desde 1832 había sido este gran tribuno, este gran orador, nuestro Hércules. El trabajo que echó sobre sus hombros espanta por lo atrevido y por lo grave. Foro, club, prensa, tribuna popular, libro, folleto, las armas de combate moral que puede forjar esta civilización nuestra, tan rica en grandes instrumentos para las ideas, fueron todas esgrimidas en guerra sin término y sin tregua por la libertad, por la democracia, por la República, cuando todas estas ideas parecían fantasmas de imaginaciones calenturientas, perdido el espíritu público en los sofismas y en las argucias de la triste y vergonzosa reacción doctrinaria.

Recuerdo con viveza el día que hablé por vez primera á Ledru-Rollin allá en su casa de Londres. Era por el mes de Junio de 1868. Parecióme que conservaba en su figura pocos

rasgos de su ya pasada juventud, y en su palabra muchos ecos de su vigorosa elocuencia. Hablamos de nuestros respectivos combates y de nuestras respectivas emigraciones. Mi destierro, comenzado en 1866, debía concluirse antes que su destierro, comenzado en 1849. Ledru pertenece á la escuela republicana pura de la nación francesa; escuela muy pagada de las antiguas tradiciones revolucionarias; muy amiga de los dos principios jacobinos por excelencia, la soberanía popular y el sufragio universal; poco decidida por los principios del derecho moderno, que para nosotros constituyen las bases de la verdadera democracia; poco ducha en las artes políticas, que la generalidad de las gentes denomina habilidades, y que para los conocedores de la verdadera naturaleza de la sociedad son procedimientos necesarios é ineludibles.

Único representante del partido republicano en la última Asamblea de la monarquía doctrinaria, no osaba ligarse á los liberales que promovían los banquetes políticos en contra de Luis Felipe y su primer ministro Guizot, por temor de aparecer como aliado con aquellos mismos á quienes creía falsificadores de la libertad y agitados por el deseo de conservar y aun purificar la monarquía. Así es que, rechazando la fórmula propuesta por la llamada oposición dinástica de afianzamiento y desarrollo de las instituciones conquistadas en la revolución de Julio, Ledru-Rollin reunió en Lila y en Dijon numerosos electores y ciudadanos en concurridas agapas democráticas; y les propuso como un modelo que seguir la fe de los hombres de la Convención sin sus errores y sin sus crímenes, y como un objeto que alcanzar, la emancipación política del pueblo, acompañada de reformas sociales conducentes á combatir y aminorar su ignorancia y su miseria.

Los liberales doctrinarios querían detener la agitación dentro de la Carta de 1830; y los republicanos querían llevarla naturalmente hasta la fórmula de la República. Esto era

tanto más necesario, cuanto que antiguos jefes del partido, en su afán de una victoria posible y en su trabajo por amoldar la realidad al ideal, proponían desde las columnas del *Nacional* hasta una transacción verdadera en aquello que no puede ser sacrificado sin desdoro, en el principio fundamental, en la República, pareciéndoles más posible y más aceptable la fórmula híbrida de una monarquía democrática. En esto, la agitación de los ánimos, las discusiones de la tribuna y de la prensa, los entusiastas discursos, las vivas polémicas, la cantidad de ideas diseminada en la conciencia pública, trajeron la consecuencia natural, trajeron la tempestad de la revolución.

Podría repetir cuanto me contó del día primero de la República de 1848 como si lo hubiera recogido taquígraficamente, de la misma suerte que podría describir aquel instante, su casa rodeada de un jardín, la habitación donde departimos, tapizada de papel oscuro, sobre el cual resaltaban paisajes al óleo de vivos y encendidos colores. «El día 24 de Febrero, decía, fué un día decisivo, en que nuestra victoria no consistió tanto en nuestra audacia como en nuestra habilidad y prudencia. Ninguno de los jefes de la antigua oposición dinástica estaba decidido por la República; y en cambio muchos de los republicanos históricos estaban decididos por la monarquía. Lamartine, á quien su reciente popularidad embriagaba, y mis alabanzas continuas complacían, era el más decidido por nuestro ideal, pero el ménos seguro, á causa de su temperamento de poeta, accesible á las emociones más súbitas, y maleable por impulsos de propia generosidad, ó por rasgos artísticos y heroicos de nuestros enemigos, sobre todo, si como los reyes tenían el prestigio de la tradición y de la historia.»

«Yo, sin embargo, me había propuesto que el término de aquella crisis fuera la República, y estaba decidido á cumplir mi propósito. Arreglé con Caussidiere, muy influyente en

el partido y hasta en el pueblo, la manera de llevar á la Cámara numerosos grupos que gritaran contra toda monarquía, siquier se ocultase tras de la Regencia, y pidieran Gobierno provisional y República. Pero aquellos grupos no podían libremente proceder si no se contrastaba de alguna manera el inmenso imperio y la fuerza inmensa del ejército. Yo me fui temprano á la Cámara, me adelanté al vestíbulo, y desde la última de sus gradas medí toda la fuerza de nuestros enemigos y toda nuestra debilidad. Allá lejos, hacia el boulevard de las Capuchinas, se oía rumor creciente del pueblo, pero detenido por el ejército, que de vez en cuando disparaba nutridas descargas semejantes al redoblar del trueno sobre el mar. En toda la plaza de la Concordia, en los alrededores de las Tullerías, á lo largo de los muelles, por una y otra orilla del Sena, se tendían las tropas fieles á la monarquía, mandadas por general tan probado y valeroso como el general Bugeaud. Sin embargo, á mi izquierda, por los Campos Elíseos, descubriáanse algunos batallones de la Guardia nacional, y no sé por qué, con una de esas súbitas inspiraciones nacidas en momentos supremos, puse en aquellos batallones de la Guardia nacional toda mi esperanza.»

«Cuando más embebido estaba en mis meditaciones, y más exaltado por mis presentimientos, apareció un ayudante diciéndome que el general Bugeaud había preguntado quién era yo, al verme en el vestíbulo, y como le dijieran mi nombre, deseaba verme y hablarme. Yo, ni de vista le conocía, y propuse que se adelantara desde su cuartel general hacia el centro de la plaza de la Concordia y yo me adelantaría á mi vez, y podríamos vernos y hablarnos. El general me tendió la mano, me saludó afectuosísimamente, y se mostró muy satisfecho de haberme conocido.»

«Dijome que estaba perplejo; que sabía la resolución de Luis Felipe abdicando el trono;

su precipitada fuga hacia Inglaterra; el nombramiento de un ministerio reformador; el triunfo de los principios liberales y democráticos; la próxima exaltación al trono del conde de París; la Regencia de su madre la duquesa de Orleans; la victoria de la revolución; y mientras tanto estaba sin orden alguna y sin norma de conducta; el ejército sin bandera; perplejo entre los deberes de la Ordenanza y los deberes de la política; obligado á defenderse de los que avanzaban, como siendo la revolución por la calle de las Capuchinas, cuando acaso eran ya la legalidad y la autoridad. ¿Qué me aconseja usted en este crítico momento? Detúveme á reflexionar y le dije: Comprendo, señor mariscal, su incertidumbre. Usted no quisiera ceder á los que, en son de guerra, se aproximan por el boulevard, y acaso entren por la calle Real ó por la calle de la Paz; usted no quisiera derramar inútilmente sangre fecunda y preciosa, que debe conservarse para robustecer la patria y el trabajo. Pues yo encuentro un medio sencillísimo de conciliar todos los extremos: allí en los Campos Elíseos veo formados algunos batallones de la Guardia nacional; llámelos usted, póngalos en torno de sus tropas, guárdelos así tras las bayonetas y las banderas del pueblo. Los revolucionarios que avanzan, no atacarán á sus compañeros y á sus correligionarios, unidos con ellos en los mismos sentimientos, defensores de la misma causa. Y si atacáran, la Guardia nacional se defendería, sin ser usted responsable ni de la agresión ni de la defensa. Creyó admirable mi expediente; lo admitió sin reparo, y lo puso por obra inmediatamente. Yo me acerqué al jefe que mandaba las fuerzas populares, y que era antiguo discípulo y amigo mio; le insté para que cediera á las instancias del mariscal Bugeaud, y logré persuadirlo. De esta manera se me vino á las manos ocasión propicia de inutilizar el ejército, de cumplir mis deliberados propósitos.»

«En seguida me dirigí á la Cámara. Aquí el

peligro me pareció mayor y la salvación más difícil. La noticia de la abdicación del rey se había divulgado, y con ella la noticia de la próxima venida de la duquesa de Orleans al seno de la Representación nacional para ofrecer su completa adhesión á las instituciones populares, y su fiel observancia á la Carta constitucional, por ser su hijo personificación de las modernas libertades.»

«Parecióme grave esta amenaza á la República. Una hermosa mujer, viuda, fidelísima, tierna madre; con todos los privilegios de su sexo; con todos los prestigios de su rango; rodeada de sus dos hijos inocentes y huérfanos, que llevaban sobre sus sienes la doble corona de la popularidad y de la desgracia, podían fácilmente entusiasmar á un pueblo ateniense como el pueblo de París, mover una Cámara monárquica como aquella Cámara, ahogando en su nacimiento nuestra anhelada República. Luego, Lamartine, á quien yo quise ganar para la democracia, embargaba mi mente. Poeta, artista, todo sentimiento, nervioso como una mujer, impresionable como una sensitiva; al ver en la desgracia á la misma señora, cuya Regencia defendiera en la prosperidad, podía por sentimientos caballerescos defenderla con abnegación de sí propio, y salvarla con el acento de su prodigiosa elocuencia.»

«Vi entrar á la duquesa; la vi subir desde el pie de la presidencia á los bancos más altos; la vi dirigirse al presidente como en demanda de la palabra; observé la indecisión de la Cámara; advertí el peligro, y me lancé resueltamente á la tribuna, con ánimo de no bajar hasta vencer la Regencia y salvar la República. Yo miraba al reló y á la puerta, pareciéndome imposible que Caussidiere tardase tanto con sus grupos y sus huestes. Mi salvación estaba en hablar hasta que mi amigo viniese. Realmente no pedíamos la palabra. En aquella confusión hablaba el más atrevido. Mi estatura, mis puños, mi fuerte voz valiéronme seguro triunfo. Yo propuse la apelación al pue-

blo en el mayor número de palabras que pude, y con la mayor pausa entre palabra y palabra que consentía la impaciencia de la Cámara. Recuerdo que Mr. Berryer, situado al pie de la tribuna, me decía con su voz de plata: Acabado, acabado pronto, y proponed, proponed un Gobierno provisional. Yo seguía resuelto á no acabar hasta oír el rumor de las muchedumbres. Cuando ya me iba faltando la materia á mí, la atención al auditorio, escuché el ruido de la inundación y bajé de la tribuna. A los pocos momentos el pueblo lo llenaba todo, y la altísima sombra de la monarquía se disipaba como un sueño. Cuando, triunfante la República, proclamado el Gobierno provisional, yo me dirigía desde la Cámara al Hotel de Ville, intercepté algunas cartas de colegas, de correligionarios míos, cartas dirigidas al ministro último de Luis Felipe, y en las cuales anunciaban que la Regencia estaba ganada, y que sólo algún exaltado demente como yo, podía soñar con la República. Algunos de los firmantes de aquellas cartas fueron, sin embargo, ministros de la República. Y hé aquí las causas más inmediatas y más ocasionales del triunfo de una revolución y del advenimiento de una República.»

Ledru es uno de los hombres que más han trabajado y más han combatido por la democracia francesa. La toga ha sido en sus hombros manto de tribuno; la palabra ha sido en sus labios rayo contra los monarcas. Existir era para él sinónimo de pelear. En el Jurado, en el Tribunal supremo, ante la Cámara de los pares defendía los derechos de la prensa contra sus perseguidores; en folletos, en libros, la legalidad ordinaria contra los estados de sitio; en el periodismo, la democracia contra sus falsificadores; en la tribuna, el sufragio universal y la República; siempre dispuesto al rudo trabajo, pasando siempre por las mayores pruebas, sin que las calumnias le amedrentasen, ni le impusiesen las amenazas, ni le desalentaran los grandes desengaños.

De alta estatura, de imperiosas maneras,

de prestancia oratoria, de actitud imponente, de ademanes atrevidos, de temperamento sanguíneo, de carácter exaltado, de ideas avanzadísimas; poco ducho en el conocimiento de la realidad, muy dado á las tradiciones revolucionarias; su sonora voz tronaba en lo alto de la montaña, y su estilo conciso y enérgico relampagueaba deslumbrante y hería como rápida centella. Era en su tiempo el Hércules de los oradores parlamentarios; y dirigía á todos aquellos que fieles á las tradiciones de la revolucion se llamaban la Montaña, y creían que estas montañas debían ser siempre volcanes.

Nadie puede quitarle ni la gloria de haber fundado la segunda República, ni la gloria de haber traído el sufragio universal, ni la gloria de haber roto las cadenas del esclavo en las Antillas de Francia. Mas Ledru no fué tan hábil para conservar como para traer la República. En primer lugar, nunca trazó la línea divisoria que debe separar la utopía socialista de la realidad política, y sin aplacar el hambre ni la sed de los trabajadores, antes exacerbándolas, se desavino de los propietarios. En segundo lugar, disipó los días de su gobierno en los juegos vistosos de la palabra, cuando debía emplearlos en los empeños de la acción. En tercer lugar, quiso imponer más que persuadir, y violentar más que convencer á un pueblo poco ideóneo por su temperamento y por su carácter para las instituciones republicanas. En cuarto lugar, tomó á su partido por su nación; error grave siempre, gravísimo cuando se tiene, y se acaricia desde las esferas del gobierno. En quinto lugar, adoró las tradiciones jacobinas sin comprender todo lo que tenían de inaplicables á nuestro estado social y de incompatibles con las modernas democracias. En sexto y último lugar, creyó que despues de la revolucion de Febrero en 1848 podia aún iniciar otra revolucion en Junio de 1849. Estos gobiernos revolucionarios y estos métodos revolucionarios, son completamente desastro-

sos. La conspiracion engendra apocalipsis fantásticos. La facilidad con que se ha triunfado de ciertos obstáculos materiales, induce á creer en otra victoria análoga sobre los obstáculos morales. Como todo se improvisa en una revolucion, todo es débil. Las instituciones que nacen pronto, se parecen á los seres efímeros en que mueren pronto tambien. Nada grande se debe á la inspiracion de un instante. Todo es obra del trabajo y del tiempo. Hasta en Geología, hasta para explicar las cambios y trasformaciones del planeta, se ha desacreditado el sistema de las revoluciones súbitas y de las catástrofes violentas.

Cuando el gobierno francés cometió la locura de intervenir en Roma para destruir la República romana y restaurar el poder teocrático, Ledru cometió la locura todavía mayor de apelar á una revolucion. Su conciencia le anunciaba que sería vencido; pero sus debilidades con los exaltados del partido le arrastraron á intentar la victoria. Reunió en el Conservatorio de Artes á unos pocos, les arengó con ímpetu, les resolvió á una revolucion, que degeneró en ridículo motin; y de esta suerte disolvió la izquierda de la Cámara, deshizo bajo sus plantas la tribuna, se llevó consigo los restos de la democracia al destierro, y facilitó el golpe de Estado y la dictadura napoleónica; todo por desconocimiento de la realidad, por inexperiencia política, por puro romanticismo revolucionario, sin comprender que una falta así es un verdadero crimen.

Desde entonces han venido sobre nosotros el golpe de Estado, la proscripcion general, veinte años de Imperio, guerras é invasiones, la República en medio de las catástrofes mayores de nuestro siglo, los delirios de los Comunes de París, que nos han perdido y nos han deshonrado; una reaccion que pone en peligro nuestras más santas libertades y nuestros más antiguos derechos; males gravísimos, venidos por no haber sido bastante fuertes con la desenfrenada demagogia, ni bas-

tante hábiles para contar con la realidad y traer la República posible.

Así es que en Francia hoy se nota gran repugnancia á la utopía socialista, gran enemiga á ese cosmopolitismo soñador, vago, imposible, que ha sembrado de delirios la mente y de estériles ruinas el suelo; gran tendencia á la República posible, á la política verdaderamente práctica y de resultados inmediatos, que no deja por el delirio de un instante la seguridad y el afianzamiento de nuestras verdaderas conquistas. Así es que Laboulaye dice con razon que al pueblo francés le pasa algo de lo que le pasó al Hijo Pródigo. Despues de haber recorrido el mundo, despues de haber gustado el placer, comprende que no hay sitio tan plácido como el hogar, ni goce tan grande como el amor de la familia. Los franceses han querido redimir á todos los pueblos, y se han encontrado esclavos; formar las nacionalidades, y se han encontrado invadidos y desmembrados. Por eso es necesario aconsejarles hoy el patriotismo, y sobre todo aconsejarles la política de lo posible. ¡Oh! Los hombres deben amar su patria y no comprometerla ni en aventuras exteriores ni en utopías muchas veces henchidas de sangre. Violentar los hechos es traer grandes catástrofes. Imponer á una generacion reformas para las cuales no está ni apercebida ni preparada, es traer necesariamente la reaccion. Nada más triste que ver la guerra empeñada entre todos los republicanos franceses para averiguar quién tenia la culpa de la caída de la República y del eclipse de la democracia. Las locuras de Luis Blanc, decían los unos. Las conspiraciones y las revueltas de Blanqui, exclamaban los otros. A su vez Blanqui escribía desde la prision estas palabras acerca de Ledru-Rollin, que ya estaba en el destierro: Ese imbécil ha asesinado la República. Para los unos el asesinato fué obra de la espada de Cavaignac; para los otros obra de la poesía de Lamartine. Y todos podían consolarse acordándose de sus respec-

tivas faltas individuales, y conviniendo en que la sociedad, y sus leyes, y su historia, y sus movimientos naturales, y sus trasformaciones lógicas no se encuentran, no, en manos de ningun partido.

Por eso, al ver ciertos trascendentales hechos, no puedo ménos de aconsejar á todas las Repúblicas, á todos los partidos, á todos los reformadores que rindan culto al patriotismo, que eleven á su antiguo vigor el culto á la patria por la patria.

Negar las estrechas relaciones del hombre con la naturaleza exterior sería negar lo evidente. El Universo nos nutre, no sólo con los alimentos de cada día, sino con su luz, con su calor, con su electricidad, con sus gases, con todos los elementos de vida contenidos en su fecundo seno. Así, debemos amar á la naturaleza como á una madre próspera y fecunda, á cuyos pechos vivimos, y que nos mantiene, y nos acaricia, y nos mece en sus amorosos brazos. Aquel que no comprende, por ejemplo, las delicias del campo; que no ha visto amanecer desde lo alto de una montaña; que no ha oído en los profundos valles por la noche el cántico del cuclillo ó de la rana; que no ha pasado alguna siesta estival entre los chirridos de las cigarras; que no ha respirado el aliento de la tempestad, ni ha sentido caer sobre su frente las gotas del rocío; jamás comprenderá toda la poesía de la vida.

Cada hora tiene su goce; cada estacion su encanto. El paisagista nunca os reproducirá la sávia que corre por las hojas del árbol en la primavera, ó el vuelo de la golondrina que vuelve del Africa y roza con sus alas cansadas la linfa del arroyo. La abrigada estufa no puede dar al pobre naranjo prisionero la alegría que le dá el jugo bebido en la tierra, al sol esplendente, al aire libre, en las orillas del Guadalquivir ó del Túrria. El campo, el mar, el monte, el llano, el árbol, el ave, guardan tesoros de vida y tesoros de emociones, oxígeno para vuestros pulmones, color para vuestra sangre, alimentos sabrosísimos